

ha sido construido por la República, a espaldas de sus electores.

Salvo el caso de los dos Bonaparte—aceptados, al comienzo, como pacificadores—, este pueblo francés, de tan vasto renombre militar, jamás ha soportado los militares, ni una casta militar, a la cabeza de su gobierno. La influencia nula que después de 1918 tuvieron los generales vencedores, responde a esta regla. ¿Cómo se ha creado, entonces, en el mundo, el mito de un pueblo francés militarista?

En la construcción de Francia se ha tocado la perfección geométrica, excluyendo toda idea imprecisa o universal. El artículo II de la Constitución de Weimar, que dice: «Podrán ser admitidos en el Reich otros territorios, si su población lo desea», sería absolutamente inconcebible hoy en Francia. La lenta y sabia transformación del Imperio Británico en una «Commonwealth» de naciones independientes, sería para Francia una verdadera tragedia.

No debería olvidarse, antes de formular leyes de orden psicológico, que los intereses vitales de ciertos países no se identifican con su territorio nacional. Goldoni cuenta que un señor inglés, probando desde su góndola, con la punta del dedo el agua del Gran Canal, exclamó: «¡Oh, está salada, luego es inglesa!» Efectivamente, Inglaterra no puede dejar de reconocerse a sí misma en todas las aguas que surcan sus navíos cargados de mercancías. De allí se desprende que, cuando proclama su interés por la prosperidad del mundo entero, su pensamiento generoso ha sufrido una considerable influencia causada por el aguijón de un interés esencialmente británico.

En otro orden de ideas, Italia, privada de minerales y de materias primas, debe—o debería—identificar las exploraciones en busca de su prosperidad